

UNA FLOR  
ORIENTAL

MERCHE DIOLCH



UNA FLOR  
ORIENTAL  
MERCHE DIOLCH



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-06-7  
Depósito Legal: CS 710-2023  
© del texto, Merche Diolch  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Carol RZ

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Juan y Gaby,  
mis compañeros de vida.



«No necesitaba a alguien perfecto. Solo necesitaba a alguien perfecto para ella».

*A Sir Phillip, con amor,*

**Julia Quinn**





# PRÓLOGO

La puerta de los aseos femeninos se abrió, dejando que el bullicio que había en el salón se colara con libertad.

La joven, que lloraba en uno de los pequeños cubículos, se calló de pronto al ver su refugio asaltado. Ya no estaba sola.

Se limpió como pudo el rostro, se recolocó el vestido rojo que su doncella le había elegido para esa velada, y que ella se había puesto con enorme ilusión, y decidió salir de su escondite cuando consiguió retener su angustia.

En cuanto apareció en el espacio más amplio, los espejos que había dispuestos enfrente de ella le devolvieron una imagen horrible de su estado, lo que le arrancó un gemido de impotencia que llamó la atención de la otra mujer que acababa de entrar.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la extraña, yendo a su lado con rapidez.

Esta asintió, aunque apartó el rostro para que no la viera. No quería que su estado fuera la comidilla de los salones de Londres, una vez más.

—¿Seguro, mi niña? —insistió con voz dulce, y la tomó de la barbilla para obligarla a mirarla.

Ella no pudo negarse y se encontró en los ojos azules de la desconocida un cariño inusual para el lugar en el que se encontraban.

Tras quitarse uno de los guantes que llevaba, le pasó los dedos por las mejillas tratando de borrar unas pequeñas manchas que tenía y, después de ofrecerle una sonrisa reconfortante, la acercó

hasta el lavamanos. Tomó una jarra de porcelana que había cerca, y que tenía agua, y la echó sobre este.

—Venga, querida, lávese. El agua hace milagros para alejar todo lo que odiamos. Todo lo que nos hace sufrir o que queremos olvidar. El agua hace milagros.

La más joven no pudo evitar sonreír al escuchar ese consejo.

—No creo que el agua realice ese tipo de prodigios, señora.

La mujer se apoyó en la pared, con los brazos cruzados, y la miró con seguridad. Su cabello dorado estaba recogido de forma sencilla, pero cada mechón atrapaba la luz de las velas, proporcionándole una belleza peculiar. Su vestido azul índigo, con escote cuadrado, permitía ver su nivea piel. No tenía ningún adorno, nada que destacara sobre las finas líneas del patrón de la tela, pero destacaba porque se le amoldaba perfectamente a su cuerpo.

—Pues tendría que decírselo a la iglesia, porque ellos insisten mucho en que Cristo hizo algún que otro milagro con agua. — Señaló el líquido transparente y luego la miró.

Ella se rio por el comentario, lo que amplió la sonrisa de la mujer.

—Así me gusta —afirmó—. Con esa sonrisa está preciosa, querida.

La joven se sonrojó por el comentario y agachó la mirada instintivamente.

La mujer más mayor la tomó de nuevo de la barbilla, obligándola a alzar el rostro.

—¡Arriba! Mira siempre al frente, con orgullo y valor. No les muestres nunca que somos débiles... —le indicó tuteándola.

—Usted...

—Y todas, querida —subrayó, y miró hacia la puerta, que estaba cerrada—. Todas las que nos encontramos en ese salón somos nuestros peores enemigos. Tenemos miedos, nos infravaloramos..., pero lo escondemos. Mostrar nuestras debilidades puede servir para que nos ataquen, por lo que es mejor llevar una máscara en la que no se vea que, en realidad, tenemos miedo.

—¿Miedo a qué?

—A no sentirnos aceptados, a que nos hagan daño y que esa herida duela —le señaló el lugar donde latía su corazón—, a no ser suficiente...

—¿Y no se cansa nunca de llevar ese antifaz?

La mujer se miró en el espejo y tocó la alianza que llevaba en su dedo anular.

—No siempre llevas esa máscara... —La observó de nuevo y le colocó un par de rizos cobrizos por detrás de la oreja—. Cuando estás con alguien de confianza y que te quiere...

—¿Su esposo?

Ella asintió sonriente.

—Cuando esa persona te quiere por ti misma, no es necesario esconderse detrás de una máscara, querida.

La más joven tensó la mandíbula, y se acordó de lo que le había llevado a esconderse en el aseo.

—Pero, quizás, nunca encuentre a esa persona...

—Nunca es mucho tiempo, querida, y la vida ya nos enseña el camino que debemos seguir para alcanzar lo que deseamos.

—Pero la vida ya la tenemos determinada por los deseos de nuestros padres, señora. Las mujeres no tenemos opción a elegir.

—A veces puede ser así... —le señaló el agua que esperaba ser utilizada—, aunque no olvides que los caminos del Señor son inescrutables.

La joven no pudo evitar reírse cuando volvió a utilizar la baza de la religión, momento en el que la puerta de la habitación se abrió de nuevo y apareció tras ella una doncella que la buscaba con urgencia.

Por su gesto, la noticia que traía no era nada agradable.





# CAPÍTULO 1

*Un tiempo después*

—¡He dicho que no!

Elizabeth, que acababa de traspasar la puerta de la casa Pettigrew tras su paseo a caballo, observó como su hermana Amanda salía de la biblioteca cerrando de un portazo la puerta.

—Mandy, ¿estás bien? —se preocupó, tratando de alcanzarla; pero esta ya ascendía por la gran escalinata sin detenerse—. Mandy...

La pequeña de los Pettigrew se giró levemente ante el ruego de su hermana, momento en el que pudo vislumbrar el brillo de las lágrimas en su rostro, pero no se paró. Llegó a la planta de arriba con rapidez y el sonido pesado de sus pasos dejó bien claro que se dirigía a su dormitorio, y eso que en el suelo entarimado de esa parte de la casa había una robusta alfombra.

Fue a seguirla, intranquila por su estado, pero, cuando estaba cerca del primer escalón, escuchó cómo la llamaban:

—Lizzie...

Miró a su madre, quien, con su vestido de mañana, uno azul que iba a juego con sus ojos, se había aproximado a la entrada de la biblioteca.

La joven se volvió hacia ella con el ceño arrugado.

—Iba a subir a ver a Mandy...

—Por favor —se movió levemente, animándola a entrar en la habitación—, tu abuelo quiere hablar contigo.

La arruga que se le había formado entre las cejas se intensificó. Miró el final de las escaleras un segundo, justo cuando un nuevo portazo se escuchó por la gran casa, y devolvió la atención a su madre.

—¿No puede esperar?

La mujer negó con la cabeza.

—Ya se lleva retrasando demasiado tiempo y tu abuelo tiene que ir al campo para hablar con los arrendatarios.

Lizzie asintió, terminó de quitarse los guantes y, junto a su fustata, se los dio a uno de los criados que acababa de aparecer. Este regresaba a la cocina para terminar de preparar el almuerzo, que debían de estar colocando en la pequeña sala donde la familia solía reunirse.

—De acuerdo. —Se apartó algunos rizos cobrizos de la cara y siguió a su madre al interior de la habitación donde la esperaban.

En cuanto traspasó el umbral de la puerta y sus botas de montar pisaron la alfombra de tonos tierra, supo que lo que fuera a tratarse entre esas cuatro paredes no sería nada agradable.

Observó a su abuelo paterno, que poseía un rostro curtido, enmarcado por las arrugas del paso del tiempo, y que le ofrecían un aire serio, aunque todos los habitantes de esa casa sabían que era simple fachada. Se fijó en el cabello blanco, con un corte preciso que le revisaba cada mañana su fiel ayuda de cámara, y en los ojos oscuros que la miraban desde detrás de la mesa de madera. Los mismos ojos que había heredado ella de su difunto padre.

—Buenos días, abuelo.

El hombre asintió con la cabeza y se dejó caer en la butaca, no sin antes tirar del sobrio chaleco que llevaba sobre la camisa blanca. Tenía las mangas arremangadas hasta los codos, lo que dejaba visible la tonalidad oscura de su piel, y que hablaba de las horas que pasaba trabajando al sol. Muy al contrario de muchos de los caballeros de similar rango social que él, que solo disfrutaban de las rentas que generaban sus propiedades desde Londres, sin mover un dedo. Incluso vilipendiando sus rentas.

—Elizabeth, has tardado...

—He ido a montar como cada mañana, abuelo —se defendió con rapidez, y miró a su madre, que tenía el gesto serio.

Eleonor, lejos de mostrar una de sus habituales sonrisas amistosas, negó con la cabeza para indicarle que debía permanecer callada y se trasladó con sigilo hasta el gran ventanal, desde donde se podía observar la propiedad de la familia Pettigrew. Una extensión inmensa donde el verde de la campiña inglesa competía con los cultivos de los agricultores.

—Te esperábamos para el desayuno —indicó su abuelo, sin apartar los ojos de ella.

—Me levanté al alba y tomé algo ligero —explicó—. Hacía una mañana increíble para cabalgar y se me fue el tiempo, pero ¿ha ocurrido algo grave? —Miró a su madre de nuevo, que tenía los brazos cruzados por delante de su cuerpo, y devolvió la atención al hombre al comprobar que esta no emitía palabra alguna. Era todo demasiado extraño—. ¿Abuelo? He visto a Mandy salir muy afectada...

Este bufó con fuerza al escuchar el nombre de la menor y se pasó la mano por el rostro.

—Tu hermana y sus dramas...

—George... —lo llamó su nuera, y negó con la cabeza a modo de reprimenda.

El hombre bufó de nuevo y asintió, cediendo a la muda petición de Eleonor. Aunque no compartían la misma sangre, se comportaban como si fueran padre e hija desde que los dos se habían quedado solos a cargo de tres niños. Los pequeños los habían unido, su educación y el cariño que les profesaban, pero, sobre todo, fue la desgracia la que los llevó a poseer una familiaridad que se alejaba mucho de los formalismos que dictaban las reglas sociales: la muerte de Robert. El hijo del marqués y esposo de ella.

—Lizzie, tu hermana te explicará luego lo que hemos conversado con ella —le explicó su madre—. Ahora debemos contarte algo que te afecta personalmente... —Dejó caer los brazos a lo

largo de su cuerpo y miró a su suegro, para devolver la atención a su hija mayor a continuación—. Tu abuelo ha pensado que... Ha decidido que...

La joven frunció el ceño, pasando su mirada de uno a otro.

—¿Qué ocurre?

El hombre gruñó al ver que Eleonor no terminaba de explicarle y se incorporó de golpe, dejando apoyadas las manos sobre la mesa.

—Te mudas —le informó, al mismo tiempo que el silencio se asentaba sobre la sala.

—¿Me mudo? —Su madre asintió sin sonreír—. ¿Adónde? ¿Por qué? —Agarró la trenza que le colgaba por la espalda y la soltó de inmediato—. ¿De Pettigrew?

La risa ronca de su abuelo la sorprendió.

—Claro, jovencita. —Se sentó de nuevo sin dejar de reír—. Cuando alguien se muda, suele irse de la casa que habita. —La carcajada se convirtió en una tos fea, que atrajo a las dos mujeres.

—Abuelo...

—George...

Este levantó la mano, tratando de tranquilizarlas, mientras un servicial criado aparecía en la sala con una bandeja. En ella llevaba una jarra llena de agua y un vaso, que dejó sobre la mesa, muy cerca de su señor.

—Gracias —indicó el marqués, al mismo tiempo que intentaba controlar el ataque de tos que le había sorprendido de repente.

—Gracias, Jimmy —le dijo Eleonor al sirviente, y ella misma sirvió agua a su suegro—. Tómelo despacio.

El hombre asintió, ofreciéndole un gesto agradecido, e hizo lo que le había pedido.

Madre e hija lo observaron en silencio, intranquilas, hasta que comprobaron que la tos cesaba y respiraba con normalidad. Últimamente esos ataques eran más fuertes y continuados.

—¿Está bien? —se interesó Lizzie, y el hombre volvió a mover la cabeza de forma afirmativa.

—Sí, estos malditos pulmones —se golpeó el pecho—, que les gusta llamar la atención.

—Debe descansar —indicó Eleonor—. Ya se lo dijo el médico.

El marqués se levantó de la silla, estirándose todo lo largo que era, y se recolocó la ropa.

—Cuando hable con los campesinos, me pase por la aldea para revisar el mercado y me reúna con el párroco para ver esas goteras de las que habla...

Lizzie se rio interrumpiéndolo, y su abuelo la miró sin comprenderla.

—Es decir, cuando haga lo mismo de siempre y llegue a la cama agotado.

—Elizabeth...

La joven se encogió de hombros.

—Es lo mismo de siempre, madre. —Miró a su abuelo—. Los asuntos pendientes que tiene hoy serán los mismos de mañana, con otras personas, y así todos los días. —Lo señaló con la mano.

El marqués mostró una sonrisa torcida en su rostro.

—Son los deberes que heredé cuando mi padre falleció y los que recaerán sobre los hombros de...

—De mi hermano Henry —dijo ella, cuando vio como su abuelo dudaba a la hora de mencionar a su nieto. No porque no quisiera que este se hiciera cargo de todo, sino porque quien debió heredar era su padre.

George asintió y palmeó con cariño la mano de su nuera cuando pasó por su lado.

—Alguien tiene que vigilar que Pettigrew se mantenga en pie —continuó, apartando el recuerdo de su hijo Robert—, y, hasta que no regrese Henry de la guerra...

—Lo tenemos a usted —acabó Lizzie por él.

—Elizabeth, no interrumpas a tu abuelo —la reprendió su madre de nuevo.

Ella, lejos de mostrarse arrepentida, sonrió con suficiencia, ya que ese discurso era el mismo que llevaba escuchando desde hacía

muchos años, y si ni el médico ni su madre conseguían que su abuelo descansara por propia voluntad, ella misma se había fijado el propósito de que, gracias a ser pesada o descarada, lo conseguiría.

El marqués se rio, con menos fuerza que con anterioridad, y negó con la cabeza.

—Esto es lo que más voy a echar de menos... —se acercó a su nieta y le acarició la mejilla—, pero es por tu bien.

Lizzie pasó de un gesto divertido a uno serio cuando se dio cuenta de que su abuelo había retomado la conversación que la había traído a la biblioteca.

—¿Por mi bien? —preguntó sin comprender muy bien.

—Todo lo hacemos por tu bien, cariño —repitió Eleonor, y se sentó en una silla.

La joven observó cómo caía el cuerpo de su madre sobre el asiento, tan abatido y cansado, y pensó que su estado no transmitía lo que sus palabras querían decir.

—¿Qué sucede? —insistió.

El suspiro profundo del marqués se escuchó en la habitación y su madre la miró con pesar.

—Tu abuelo ha acordado tus nupcias con...

—¿Mi matrimonio?! —preguntó elevando la voz, interrumpiendo la explicación.

—Exacto —respondió el hombre por detrás de ella, lo que la obligó a girarse para enfrentarle—. Uno muy ventajoso, si me permites decirlo.

—Matrimonio... —repitió sin darse cuenta, y se llevó la mano al cuello. De pronto sentía que el cuello de la blusa le apretaba demasiado e impedía que el aire llegara hasta sus pulmones.

—Elizabeth... Lizzie, es por tu bien —indicó Eleonor, mientras se aproximaba a ella.

Esta volvió la vista hacia su madre e, instintivamente, se alejó de ella dando pequeños pasos hacia atrás hasta chocar con el carro de las bebidas. Apoyó las manos sobre las botellas de fino cristal y no fue hasta que el tintineo dejó de escucharse que no las apartó.

Observó a la pareja, que la miraba esperando una reacción por su parte.

—No podéis estar hablando en serio —señaló a media voz.

—Lizzie...

—Elizabeth, ya está hecho —indicó su abuelo, interrumpiendo lo que fuera a decir su nuera, y usó un tono de voz que no admitía réplica alguna—: Partirás en dos días con lo básico. Ya te enviaremos el resto de tus enseres más adelante.

—¿En dos días? —interrogó, sin creer lo que escuchaba—. ¿Tan pronto?

—Deberíamos habértelo contado antes, pero... —habló su madre, y ella se fijó en las lágrimas que retenían sus párpados... no sabía...

—Siempre había algo más importante que hacer y no encontramos el momento apropiado —explicó su abuelo, al ver que su nuera dudaba de nuevo.

—¿Más importante? —preguntó sin dar crédito, y miró a su madre esperando que se explicara.

Esta agachó la cabeza, como si le diera vergüenza lo que estaban haciendo, o quizás fuera pesar...

—Te casarás allí —prosiguió el marqués, ignorando su pregunta—, y, aunque no podremos estar nosotros ni tus hermanos, ya nos invitarás a visitarte más adelante. Estaremos encantados de acudir a verte cuando estés establecida y la vida de casada ya no sea una novedad para ti.

—¡Más importante! —repitió alzando la voz, como si no hubiera escuchado lo que acababa de decir su abuelo—. ¡¿Y en dos días?! —Apretó los puños de las manos a ambos lados de su cuerpo y tensó la mandíbula.

—George, espere —le pidió Eleonor—. Deje que lo asimile. Es demasiada información...

—Paparruchas —exclamó el hombre, elevando la mano en el aire para quitar hierro al asunto—. Lizzie tiene edad suficiente para saber que este momento llegaría.

—¿Qué momento? —se interesó en apenas un susurro, sintiendo que los ojos se le inundaban de agua salada.

—Tu boda, querida. Tu matrimonio —subrayó—, y uno muy ventajoso.



# CAPÍTULO 2

Lizzie llegó sin darse cuenta hasta la puerta que comunicaba el dormitorio de su hermana con el pasillo. Era como si sus piernas hubieran tomado el mando y la condujeran hasta un lugar que consideraba seguro. Donde su mundo siguiera sobre sus cabezas y el cielo no se hubiera desmoronado. Donde todo continuara como siempre.

Levantó la mano para golpear la madera, pero no llegó ni a rozarla. La doncella personal de Mandy salió con urgencia, tanta que se chocó con ella por no ir mirando por dónde caminaba.

—Perdón, señorita —se disculpó con rapidez, haciendo una torpe reverencia, pero no esperó a que Lizzie le dijera nada. De inmediato, se perdió por el corredor y, cuando alcanzó las escaleras, podría jurar que le vio las enaguas al recogerse las faldas para descender corriendo.

La joven frunció el ceño, confusa por su comportamiento, pero un golpe fuerte dentro de la habitación la distrajo.

Se asomó por el hueco de la puerta y buscó a Mandy con temor por lo que podría encontrarse. La estancia estaba... ¿Qué había sucedido allí?

—Mandy, ¿te encuentras bien? —preguntó con dudas, al ver el estado en el que se encontraba la habitación.

Las sábanas, la colcha y varias almohadas se hallaban en el suelo. Las puertas de los dos armarios que había en ese cuarto, un privilegio que le habían permitido a la menor por la cantidad de

ropa que poseía, se encontraban abiertas de par en par y su contenido estaba desperdigado por encima del colchón. Había un par de baúles de viaje abiertos e, incluso, por uno de ellos asomaban varios pares de calzados diferentes.

Parecía que acabara de producirse una estampida de caballos entre esas paredes y nada se hubiera salvado a su paso.

—Mandy...

—Ah..., Lizzie, eres tú —dijo su hermana, apareciendo por el otro lado de la cama. Tenía su rubio cabello despeinado y en su mejilla había rastros de suciedad—. Pensé que Annie ya habría regresado...

La mayor miró hacia el pasillo de nuevo para comprobar si la doncella regresaba y devolvió la atención a Mandy.

—Creo que tal como ha salido huyendo, como si fuera detrás de ella el mismísimo diablo, tardará en regresar.

La hermana pequeña bufó soltando aire al mismo tiempo, lo que provocó que su cabello se elevara levemente y cayera a continuación sobre sus ojos.

—Es una llorica...

Lizzie frunció el ceño por el comentario y se atrevió a adentrarse entre ese desorden. Esquivó los baúles, saltó sobre una almohada y, cuando estuvo cerca de Mandy, se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado aquí?

La pequeña observó el desastre que había ocasionado y se encogió de hombros.

—Me voy...

—¿Tú también?

Mandy buscó los ojos de su hermana con rapidez y le agarró las manos con fuerza.

—¿Te vienes conmigo a Londres?

Lizzie observó la esperanza en los iris azules y le dolió tener que romper sus ilusiones. Le acarició la mejilla, pasando sus dedos por el polvo que se le había pegado a la suave piel, y sonrió con pesar.

—No va a ser posible.

Un mohín apareció en los labios de Mandy.

—¿No te mandan a Londres? —Ella negó con la cabeza—. Entonces, ¿adónde? —exigió saber, tras pegarse con la multitud de capas que formaban parte de su vestimenta para incorporarse—. A mí me envían a la ciudad, con la hermana del abuelo, para prepararme para presentarme en sociedad y a ti... —La miró esperando que se explicara, con las manos apoyadas a cada lado de sus caderas.

Lizzie observó su cara y luego suspiró con resignación.

—A casarme —anunció sin fuerzas.

Se escuchó un grito de sorpresa en la habitación.

—¿Casarte? —Ella asintió—. ¡¿Te vas a casar?! —Lizzie movió la cabeza de arriba a abajo de nuevo mientras veía como su hermana sonreía—. Pero eso es una gran noticia, hermanita —exclamó, y se tiró sobre ella para abrazarla—. Y tú qué pensabas que te quedarías soltera para toda la vida —le dio un beso en la mejilla—, y mira, ahora te vas a casar.

—Sí...

Su afirmación, sin apenas alegría, llamó la atención de Mandy, que la miró con fijeza.

—¿No estás feliz? ¿No es una gran noticia?

Lizzie asintió, obligándose a impostar una sonrisa en su rostro, y se levantó del suelo, atrapando un mantón de cachemira por el camino. Era una tela que comenzaba a extenderse entre los miembros de la alta sociedad desde que los franceses la habían puesto de moda. Era escasa, delicada y cara, y por eso ella no tenía nada parecido entre sus prendas. Prefería la ropa resistente que le ayudaba en el día a día con sus labores.

—Bueno..., ya me había hecho a la idea de mi situación —confesó, y se acercó al espejo de la cómoda que había cerca de la ventana.

Mandy fue detrás de ella y observó su rostro en el reflejo de la superficie lisa.

—Podrás ser madre, Lizzie —le dijo en apenas un susurro, y ambas vieron como sus manos se deslizaban por la tela del traje

de montar hasta su estómago de forma involuntaria—. Es lo que siempre habías soñado —le recordó.

La hermana mayor enfrentó los ojos azules en el espejo.

—Quizás ya sea tarde...

Mandy la abrazó por detrás y asomó la cabeza por un lado de ella. Al ser más baja que Lizzie, era la única forma de que las dos se vieran en el espejo.

Ambas eran tan diferentes entre sí que a algunos les extrañaba que fueran hermanas, y es que una había heredado los rasgos familiares de su madre, en el tono dorado de su cabello, los ojos azules, la poca estatura y constitución redondeada, como se podía ver en la menor, y la otra era un fiel reflejo de su padre, pero en femenino.

Mandy pasó la mano por el cabello cobrizo de Lizzie, que seguía recogido en una larga trenza, y se fijó en la delgadez de sus pómulos, los negros iris que escondían un sinfín de sentimientos y la tensión que se reflejaba en cada músculo de su cuerpo.

—Si Dios quiere que seas madre, lo serás —le indicó. Y, aunque la mayor tardó en reaccionar, acabó asintiendo con fuerza.

Se volvió hacia ella, dejó el mantón de delicada tela sobre una silla y recogió un par de sombreros con una recargada decoración, que también estaban en el suelo.

—Lizzie, déjalo estar —le pidió—. Estoy mirando lo que me puedo llevar...

La mayor asintió, pero no le hizo caso. Atrapó un par de enaguas blancas y se acercó a uno de los armarios.

—¿Te llevarás toda tu ropa?

Mandy se encogió de hombros.

—No sé lo que necesitaré para...

—¿Cazar un marido? —preguntó, tratando de impregnar humor en su voz—. ¿Ves?, hay algo bueno en mi situación.

—¿El qué? —se interesó la pequeña.

—Que a mí el abuelo me ha traído un esposo casi hasta la puerta. Así no tendré que soportar de nuevo las tediosas veladas

londinenses ni a ningún petimetre sin sangre en las venas. —Se encogió de hombros y se le escapó una leve risa, que fue correspondida con una sonrisa por su hermana.

Mandy se acercó a ella y la abrazó por la cintura, dejando que sus corazones latieran a la par y sus respiraciones se acompañaran. Un sonido, una música que las tranquilizaba.

Su vida estaba a punto de cambiar, de nuevo, y la experiencia les había demostrado que los cambios podían ser duros. Muy duros.

El miedo a ese futuro incierto, en el que encima no estarían juntas para apoyarse, era una de las cosas que más las atenazaba.

—Todo irá bien —susurró la mayor, aunque no supo bien si era para insuflarle ánimos a su hermana o a sí misma.

—¿Lo prometes? —Lizzie apretó sus brazos y asintió con la cabeza, golpeando levemente la cabeza dorada con su barbilla.

No podía hablar. El llanto se le había atorado en la garganta.

Cerró los ojos con fuerza y respiró con profundidad.

—Te lo prometo.

Mandy suspiró agradecida a modo de respuesta, como si fuera eso lo que necesitaba: la fuerza, la confianza y seguridad de su hermana mayor. La que siempre estaba a su lado. La que siempre le había sacado una sonrisa en los momentos más duros y la que le había escuchado cuando más lo había necesitado. Aunque fueran tonterías. Aunque fueran los miedos de una niña que lloraba por el monstruo que había bajo su cama, y que solo se trataban de los temores de una pequeña que había perdido a su padre a temprana edad.

—¿Me escribirás?

Lizzie la apartó para mirarla a los ojos y le regaló una sonrisa comprensiva.

—Siempre. No dudes de ello, pero no sé si tú tendrás tiempo para hacerlo, con lo atareada que estarás. —MoviÓ la cabeza hacia delante, señalando la ropa desperdigada.

Mandy bufó y se volvió hacia el desastre que había provocado.

—¿Cómo puede ser que, con todo lo que me gusta esto, no me apetezca nada ir a Londres?

Su hermana mayor se colocó a su lado y observó el desorden.

—Porque vivimos muy bien en el campo, sin tantos artificios y mentiras —indicó, y le golpeó el hombro—. Míralo de este modo... —Mandy la observó esperando a que hablara—: así podrás pasar tiempo con la duquesa viuda.

Mandy emitió un sonido indignado al mismo tiempo que elevaba los brazos al techo y los dejaba caer a continuación.

—Creo que esa es la peor parte de todo esto: vivir con la hermana del abuelo y que sea ella la encargada de mi preparación. ¿No podía ser otra? —preguntó, pero ambas sabían la respuesta.

La hermana del marqués vivía en Londres desde que contrajo matrimonio con un duque y era la persona perfecta para llevar de la mano a Mandy de salón en salón, porque conocía a todas las personas que se debía conocer en la Corte. Además, la duquesa viuda se encargaría de buscarle un buen partido.

Ya lo intentó con Lizzie, pero las circunstancias no fueron las idóneas cuando llegó su turno, y la vida los recordó que, por muy felices que seamos, en cualquier momento la desgracia puede asaltarnos.

La mayor se rio y negó con la cabeza mientras se acercaba a la puerta.

—No creas, hermanita. Lo peor de todo esto será cuando te veas sumergida entre las sedas y los tules, las miradas de envidia y los tejemanejes de la duquesa viuda.

—No puede ser tan malo, ¿verdad?

Lizzie observó el mohín de sus labios, la resignación en su rostro e incluso el miedo a lo desconocido, y se apiadó de ella.

—No, no será tan malo. —Extendió los brazos y esperó a que su hermana fuera hasta ella para abrazarla de nuevo—. Vas a disfrutar de la ciudad, de todas las actividades que puedes realizar en ella, como ir a la ópera o visitar la multitud de galerías de arte que hay. —El gesto aprensivo de Mandy cambió por uno más feliz—.

Conocerás gente... interesante —indicó con rapidez, al ver que una ceja rubia se alzaba—, y otra no tan interesante. —Le golpeó la punta de la nariz y, antes de separarse de ella, le dio un beso cariñoso en la mejilla—. Además, recuerda lo más importante...

—¿El qué? —preguntó con interés, al ver que su hermana no proseguía.

Lizzie sonrió de oreja a oreja.

—Vas a cazar un marido. La próxima vez que nos veamos, puede que sea para tu boda...

Mandy frunció el ceño, poco convencida con eso.

—Las dos estaremos casadas —comentó y sonrió, pero esa idea a Lizzie no le hacía tanta ilusión como a su hermana.





# CAPÍTULO 3

Querida Mandy:

Te escribo esta carta, tal como acordamos, desde el mismo carruaje que me lleva hasta la casa de mi futuro marido... Ya son varias horas de viaje las que llevamos y no puedo más que sentirme desamparada. Sola... Os echo de menos a todos. A madre, a ti, e incluso al abuelo. A pesar de que ha sido él quien me ha llevado hasta esta situación, lo extraño.

No sé lo que podré esperar de mi nueva vida sin vosotros cerca.

Una nueva vida en la que estaré a su lado. Con el duque de Peachwood.

Todavía me cuesta hacerme a la idea de que en poco tiempo pasaré de ser una solterona a una mujer casada y, aunque no lo creas, no es algo que me satisfaga mucho. El abuelo me ha prometido con alguien que no conozco, que no sé ni cómo es, salvo por las habladurías que hemos descubierto en estos pocos días, y, siendo sincera, tengo miedo.

¿Qué me encontraré allí? ¿El duque será un hombre bondadoso? ¿Me tratará bien? ¿Le gustaré?

Son algunas de las cuestiones que me hago a cada segundo, y no hayo respuesta a ninguna de ellas.

El paisaje que se aprecia por la pequeña ventana de mi transporte no ha cambiado mucho desde que salí de Pettigrew, salvo porque los campos son más frondosos y el verde de las hojas es

más oscuro. El cielo se ha oscurecido y parece amenazar tormenta. La temperatura ha descendido y el mantón que me regalaste me ayuda a contrarrestar este cambio tan brusco.

No esperaba este tiempo, y menos en esta época del año, aunque puede ser que solo sea mi percepción, que esté influida por todo lo que me está ocurriendo.

El cochero me ha avisado de que estamos a menos de una hora de mi destino, por lo que, en cuanto ponga un pie en... Peachwood, mandaré que te envíen esta carta.

Mandy, ¿será verdad que tenga melocotoneros? No he visto ninguno en mi vida, ni la fruta, y es cierto que siento algo de curiosidad. Dicen que su sabor es exquisito y que la flor que aparece antes de ofrecerlos se la llama rosa oriental. Una flor oriental. Es increíble.

Escríbeme en cuanto me leas y cuéntame cómo te ha recibido Londres.

Tu amada hermana, que ya te extraña,  
Lizzie